

Globalidad y localismos: dos mitos de hoy

*Juan José Sebreli**

El análisis de esta cuestión remite a una discusión filosófica: la relación de las categorías de particularidad y universalidad. Más precisamente, y tal como lo planteara Hegel en su *Lógica*, entre individualidad, particularidad y universalidad. Es imposible pensar alguno de estos tres conceptos, sin relacionarlos con el otro y cuando nos detenemos en uno de ellos, aislándolo y absolutizándolo, este deja de cumplir su papel y se transforma, dialécticamente, en su contrario.

Como siempre ocurre en Hegel, aun las proposiciones más abstractas tienen un contenido real y concreto. Un ejemplo histórico paradigmático nos permitirá comprender mejor. Cuando se absolutiza lo individual sobre lo colectivo –como en las concepciones atomísticas del individualismo extremo–, el individuo, la parte, se convierte en su contrario, el todo, al cual son sacrificadas las relaciones sociales entre los individuos, tal el caso del ultraliberalismo, del capitalismo salvaje. Cuando, por el contrario, se absolutiza lo colectivo, llámese pueblo, nación, etnia, partido, el todo termina por encarnarse en un individuo absoluto, el líder, el jefe supremo de las sociedades autoritarias o totalitarias y se anula a los demás individuos.

La oposición entre universalidad y particularidad se remonta al debate entre Ilustración, fundamento filosófico de la modernidad y romanticismo, denominación tras la cual se pueden agrupar las posiciones antimodernas o contramodernas. Para los ilustrados y sus continuadores, las particularidades son derivadas de lo universal, se fundamentan en la base universal del género humano, a su vez compuesta de individuos; lo universal y lo individual, por tanto, no son contradictorios, sino que se complementan uno con otro. Para los románticos, en cambio, la universalidad humana no es más que una abstracción vacía, una generalización que surgiría de la suma de las particularidades, en tanto las individualidades no serían sino manifestaciones de la particularidad. Las particularidades, por tanto, serían las únicas realidades concretas y vivientes.

* Intervención en el debate «Globalidad y localismos: mitos de hoy» junto a Xavier Rubert de Ventós, organizado por Manuel Piñeiro en Casa de América de Madrid el 10 de mayo de 2000.

La modernidad alienta, a la vez, la universalidad y la individualidad y socava, en cambio, la particularidad. Las concepciones antimodernas, por el contrario, han sido paladines de los particularismos antiuniversalistas o, como se dice ahora, para darle una pátina democratizante: «multiculturalistas». Lo que llamaré, de ahora en adelante, el particularismo antiuniversalista multiculturalista se basa en el esencialismo. Este es un modo de pensar que consiste en atribuir ciertas características a todos los miembros de un grupo, y sólo a ellos, características que se explicarían por la naturaleza o esencia del grupo. Al esencializar las identidades y absolutizar las diferencias grupales, el particularismo niega la universalidad del ser humano, considera a las identidades culturales como círculos cerrados, intransferibles e incommunicables.

A la vez, el particularismo desindividualiza a los individuos quienes quedan reducidos a meros representantes del grupo al que pertenecen o a su comunidad de origen, erigidos en esencias fijas e inmutables. La más difundida de las particularidades antiuniversalistas ha sido y aún es, aunque muy venida a menos, la particularidad nacional. Según sus partidarios, los valores inefables surgidos de la comunidad de sangre y el apego a la tierra estarían amenazados hoy por la universalización. No se trata de una reacción actual frente a la globalización, sino de una dicotomía que se remonta, como ya vimos, a los románticos en su lucha contra la Ilustración.

En los tiempos actuales, al irracionalismo romántico se le da un barniz pseudocientífico inspirado por la antropología estructuralista. El viejo nacionalismo etnocentrista, xenófobo y con frecuencia racista, se llama ahora identidad cultural que se considera en peligro de ser destruida por la globalización. Los antiuniversalistas dicen defenderse de una uniformización, homogeneización, estandarización, masificación del mundo, donde estarían desapareciendo las peculiaridades, las singularidades, todo lo que lo hace tan atractivo y de cuya pérdida resultaría un mundo gris, monótono y aburrido.

Pero el universalismo no atenta contra las individualidades sino contra las particularidades –nación, etnia, raza, género, edad, clase, casta, grupo, religión– que son precisamente los que uniformizan a los individuos, y les quitan su singularidad. Los particularismos multiculturalistas, en cambio, defienden la diferencia frente a las culturas extrañas pero, a la vez, imponen la identidad a todos los miembros de su propia cultura, engendrando de ese modo, en lo interior, la misma monotonía, grisalla y uniformidad que dicen abominar en el exterior. La falacia está en que, para defenderse de la homogeneización del mundo, hay que homogeneizar al propio grupo.

Por el contrario, la modernidad universalista no defiende la diferencia entre las distintas culturas empeñadas en mantener sus tradiciones; defiende, en cambio, las diferencias entre los individuos precisamente sofocados por las diferencias culturales, por las costumbres consagradas, los tabúes, las supersticiones. Se dice que el universalismo es unitario y no pluralista, que no admite las diferencias de las partes que lo componen, pero eso es lo que podríamos adjudicar, precisamente, a los particularismos que subordinan a los individuos a la esencia del grupo de pertenencia.

El pluralismo, base de la democracia, no es un mero sinónimo de diversidad. Si el derecho a la particularidad es absolutizado, ocasiona a la larga la exclusión de los que no participan de la propia identidad, a los que se excluye y termina por perseguirse y en algunos casos por aniquilarse. La exaltación del nosotros implica el rechazo de los otros. Para ser verdaderamente plural y, por tanto, democrático, los particularismos deberían implicar igualdad entre sus miembros y, a la vez, no excluir a las otras particularidades, algo que rara vez ocurre.

El universalismo no provoca necesariamente la destrucción de la multiplicidad de expresiones artísticas, técnicas artesanales o gustos culinarios. Nadie es más afecto a esas diversidades que los grandes conglomerados cosmopolitas. Sólo en las grandes metrópolis y no en las aldeas es posible conocer las comidas más exóticas, acceder a todo tipo de color local, a las peculiaridades folclóricas del mundo entero.

En el mundo unificado por las comunicaciones, los medios, los viajes, la técnica, la economía, el individuo –aun el más pobre y desfavorecido– es más libre que cuando vivía encerrado en su aldea, vigilado por los vecinos y controlado por su familia.

A pesar de las presiones de los poderes políticos y, sobre todo, económicos, por imponer la masificación, debe reconocerse que nunca como en el universalizado mundo actual, hubo mayores posibilidades de elegir, de cambiar, de movilizarse. Nunca hubo mayor diversidad de tendencias, de gustos, de estilos de vida, comparado con épocas anteriores, aunque insuficiente si pensamos en lo que aún falta. Basta con comparar la situación actual de las mujeres, o de las minorías raciales, o de los homosexuales, con la vivida hasta mediados del siglo XX.

El universalismo entra en conflicto, eso sí, con los particularismos cuando las identidades culturales contradicen los valores de libertad, igualdad, derechos humanos, individualidad, ante los cuales no se debe ser neutral como si se tratara de una cuestión de «preferencia» entre una cocina étnica u otra. El particularismo multiculturalista limita su igualitarismo a respetar las diferencias, pero olvida que esas diferencias pueden ser la consecuen-

cia de la desigualdad y provocar, por tanto, la opresión. Veamos algunos ejemplos: el prejuicio sexista enfatiza precisamente el respeto por la identidad de la mujer, ocultando que la especificidad femenina expresa la situación de desigualdad frente al varón. Los racistas sureños norteamericanos oponen a los partidarios de la integración con los negros el lema: «Iguales pero diferentes», cuando la diferencia es precisamente la consecuencia de la desigualdad. Con el pretexto de defender la diferencia se justifica el tratamiento desigual. «Diferentes es lo contrario de iguales», decía Charles Maurras, uno de los profetas del particularismo antiuniversalista.

Otro tanto puede decirse de la identidad cultural de los pueblos. La exaltación de las diferencias, en las sociedades primitivas, significa la aceptación de la miseria, la ignorancia y el atraso. La belleza poética que Lévi-Strauss encuentra entre los indígenas del Amazonas se logra al precio de haberse quedado detenidos en el tiempo. Un ejemplo más cercano de esta actitud es la de la generación española del 98: en la desolación de los campos yermos no encontraban la consecuencia de una mala distribución de la tierra, sino la esencia poética y metafísica del ser español. Al atraso se lo llamaba distinción, los defectos se transfiguraban en esencias singulares, incomunicables.

Una organización como la UNESCO, respondiendo a las creencias de sus Estados miembros, en gran parte, regímenes nacionalistas, xenófobos y dictatoriales, y además influida por la ideología de los antropólogos culturalistas y estructuralistas, es característica de esta mentalidad antiuniversalista. Tergiversa los fines para los que fuera creada, la defensa de los derechos humanos y de las libertades, sacrificándolas a las identidades culturales. La educación, que debería ser el espacio neutral, libre de toda presión familiar y religiosa, para que el educando, desprendido de la influencia de todo prejuicio, pueda desarrollar libremente su personalidad, tiene como objetivo para la UNESCO, reforzar su subordinación a la ideología de la comunidad a la que se pertenece.

Otra dificultad con la que tropieza el particularismo antiuniversalista es el dilema que suele plantearse entre dos particularismos, por ejemplo el dilema que se plantea a la mujer argelina entre la particularidad nacional y la de género. Para una mujer argelina, la descolonización significó la pérdida de muchas libertades de las que gozaba en los tiempos de la colonia francesa.

El particularismo multicultural tiene gran atractivo porque basándose en el relativismo cultural, considera que todas las culturas, aun las más atrasadas, valen lo mismo, y cada una debe ser juzgada solo de acuerdo a sus propios valores. Bajo la apariencia de ser la posición más igualitaria, justa,

democrática y humana, este relativismo debe justificar situaciones que, desde la perspectiva del pensamiento moderno, son estúpidas cuando no verdaderos crímenes. El supuesto pluralismo no es más que una pluralidad de etnocentrismos; la tolerancia que propone significa tolerar a los intolerantes; el igualitarismo, aceptar a quienes sostienen la desigualdad; la libertad, dejar libres a quienes pretenden suprimirla; el pacifismo a ultranza fortalece a los belicistas; el respeto incondicionado por los otros, es respetar a quienes no respetan a los demás. El particularismo multiculturalista significa imparcial tolerancia para el asesinado y el asesino, para el torturado y el torturador, para el oprimido y el opresor, para la víctima y el verdugo.

Llevados hasta sus últimas consecuencias, los particularismos multiculturalistas deberían respetar la práctica hindú del sati, costumbre ancestral de quemar vivas a las viudas, así como también admitir el tabú religioso contra las vacunas, causa de innumerables muertes en la India. Deberían respetar la tradición musulmana de mutilar el clítoris de las mujeres. Deberían respetar el racismo de los blancos del sur de Estados Unidos, para quienes la discriminación de los negros forma parte de su más entrañables tradiciones. En nombre de los particularismos multiculturalistas deberían consecuentemente haberse tolerado el antisemitismo que constituyó uno de los rasgos distintivos de la identidad cultural de algunos pueblos como el ruso, el polaco, el rumano, el austríaco y el alemán. Debería haber considerado a los pogroms con la misma indulgencia con que algunos antropólogos estructuralistas tratan las ceremonias religiosas con sacrificios humanos de ciertos pueblos indígenas, entre otros el canibalismo considerado como forma de comunión.

Una defensa de las identidades culturales debería justificar la guerra civil que destrozó al Líbano, o a Irlanda, la guerra interminable entre israelíes y palestinos, las sangrientas guerras tribales en el África Negra, las masacres de la llamada «limpieza étnica» que destroza a la ex-Yugoeslavia, o la irracionalidad del fundamentalismo shiíta en Irán, Argelia y Afganistán. Los crímenes de ETA no se cometen, al fin, sino en defensa de la identidad cultural. Las identidades culturales, como decía Amin Maalouf, son asesinas. Identidades asesinas son la del fundamentalismo iraní que condenó a muerte al escritor Salman Rushdie. Identidad asesina la de los terroristas vascos que obligaron al escritor Jon Juaristi a abandonar su territorio, su vida profesional y familiar y vivir en la semiclandestinidad ante las amenazas de muerte, por calificar al nacionalismo vasco como irracional y antimoderno. Y ya que nombramos a Juaristi, suscribimos estas palabras de su obra *El linaje de Aitor*: «Creo que resulta mas cómodo vivir sin identidades claras o, al menos, con identidades lábiles, que vivir entre los adoradores de las pequeñas diferencias gregarias».